

Texto: El Helenismo

Destinatario: Portalmundos.com

Autor: Santiago Algora

Por helenismo debemos entender el periodo que se extiende entre el 323 antes de Cristo y el año 30 aC, tras la última monarquía tolemaica y momento clave para la definitiva irrupción del poder de Roma después de la batalla de Actium. Este periodo se caracteriza, entre otras cosas, por llevar al clásico mundo griego a una crisis general que tendría su máximo reflejo con la llegada al trono de Filipo de Macedonia.

El 323 aC es una fecha recordada en la historia por ser el momento en el que muere Alejandro Magno, quien a lo largo de sus trece años de reinado consiguió adueñarse de todo el imperio persa, desde el Egeo hasta el Indo. Sin embargo, en el momento de su muerte, Alejandro no tiene herederos, a pesar de que la princesa persa Roxana, sí estaba esperando un hijo suyo.

Serán los diadocos, generales de Alejandro, quienes protagonicen este periodo que empieza convulso al carecer de un heredero claro al trono. ¿Quién debe reinar, el hijo no nacido de Alejandro o el hermano de éste, Filipo? Los antiguos generales de Alejandro no terminan de ponerse de acuerdo y, al final, adoptan medidas intermedias que van facilitando, poco a poco, el desmoronamiento del imperio.

Esas medidas muestran la desconfianza existente entre los distintos diadocos, algo que lleva al reparto del territorio: Antípatro gobernará en Macedonia, Antígono el Tuerto lo hará en Frigia (germen de la futura y floreciente Asia Menor), Lisímaco se queda en la Tracia, Laomedonte en Siria y, Tolomeo, en Egipto. El resto del territorio, dividido en satrapías, seguirá gobernado por sus antiguos sátrapas bajo el control de Babilonia.

Pero esta división no amaina las rencillas, hasta el punto de que Seleuco, uno de los diadocos marginados en el reparto, terminará por hacerse con el dominio de Babilonia y, por lo tanto, con el control de las satrapías no dirigidas por el resto de diadocos. De hecho, las coaliciones entre éstos serán habituales siempre contra el diadoco que más poder ostente en cada momento.

Finalmente, entre batallas, disputas y firmas de supuestos tratados de paz tomarán forma las que serán las tres grandes monarquías helenísticas: la antigónida asentada en Grecia y Macedonia, la seleúcida que situaremos en Asia y la tolemaica, con sede en Egipto.

Las funciones de los reyes helenísticos eran tres básicamente: mandar el ejército, hacer justicia y honrar a los dioses. Por lo tanto, el rey perfecto será buen general, buen juez y buen sacerdote.

Este papel principal de cada uno de los soberanos helenísticos, justifica en parte la convulsión del periodo. Ninguno de los reyes helenísticos renunció a ejercer una

hegemonía sobre los contrarios, por lo tanto, no se puede afirmar que durante el helenismo se tendiese hacia el equilibrio, todo lo contrario. Si en algún momento pudo parecer que existía tal equilibrio, no se debía tanto a la estabilidad sino a la incapacidad de los distintos reyes de atacarse y ganarse las batallas entre sí. Al final el equilibrio se rompe en Egipto donde la decadencia y la crisis interna de uno de los tolomeos coincide con el poder añadido alcanzado por las otras dos dinastías.

El helenismo, que terminó con el papel principal que en la historia de Grecia habían tenido las ciudades, curiosamente ofrece como una de sus grandes aportaciones el urbanismo. Precisamente el ambiente belicista del periodo hace que las distintas sociedades prestasen una especial atención al control y al mantenimiento de sus respectivas unidades territoriales. Había que evitar la disgregación de la comunidad, de ahí que se generara todo un sistema de control administrativo en el que la autonomía y la libertad total nunca existen. La presencia real es evidente y eso se ve en que del rey pueden emanar las leyes que están por encima del derecho local de esas ciudades y que, en muchas ocasiones, el rey actuará como árbitro de tensiones entre ciudades.

Aquellas antiguas estructuras griegas dan paso a grandes estados gobernados por reyes que ya no dan opción al ciudadano. El ciudadano, ahora, tiene poco que decir, él ya no decide sobre el destino de la polis. Ahora es el soberano, el rey.

Esta idea también provoca una cierta tendencia hacia el cosmopolitismo, hacia el universalismo. Si ahora nuestra ciudad no es el único referente, si ahora somos muchas ciudades unidas por el mismo nexo, el mundo se amplía a nuestros ojos, venía a decir un hombre de la época.

Ese cosmopolitismo se vio favorecido, en buena medida, por la expansión de la cultura griega por todo lo que fuera el viejo imperio alejandrino. La lengua griega se hizo común a todos los territorios, lo que provocó un desarrollo de la cultura griega por otros lugares y, al mismo tiempo, una asimilación, por parte de los griegos originarios de aspectos culturales de otras sociedades. Esta lengua común facilitó la lectura de los poetas griegos, la expansión de la filosofía y de ritos religiosos, entre otros elementos.

Es el momento, por ejemplo, en el que se desarrollan corrientes filosóficas como el cinismo, el estoicismo o el epicureísmo, por ejemplo... La filosofía es vista ahora como una forma de ser feliz, es el camino para conseguir el reposo del alma, sobre todo ante un mundo nuevo, convulso, extraño, donde todo cambia con mucha rapidez.